

observamos que el espacio actual es mayor; y la otra que el destino mas probable que puede creerse tuviera el excedente de esta medida, es el lugar destinado ó permitido á los gentiles, á quienes un motivo de veneracion al Dios de Israel conducia á su templo, pero que no eran considerados como verdaderos adoradores. Estas circunstancias convienen admirablemente con lo que se dice en el capítulo XI del Apocalipsis, en el que San Juan, habiendo recibido orden de medir el templo de Dios, *datus est mihi calamus similis virgae et dictum est mihi: Metire Templum Dei, altare, et adorantes in eo*, añade: *Atrium vero quod es foris Templum. . . . ne metiaris illud, quoniam datum est gentibus*. Este artículo *ne metiaris* nos muestra que en la medida del templo se pudo, y aun se debió, circunscribirse á un espacio mas reducido que el área entera del templo, y lo que precede *atrium quod est foris*, nos hace conocer un suplemento de espacio á esta medida, y nos instruye al mismo tiempo de su destino *quoniam datum est gentibus*. Este lugar del Apocalipsis puede tener un fundamento absoluto y de comparacion (prescindiendo de todo sentido místico ó figurado) sobre el conocimiento que San Juan habria conservado del mismo templo de Jerusalem. Josefo, que atribuye al templo un triple recinto, designa indubitablemente con ello tres espacios diferentes; de manera que además del *atrium sacerdotum* y el *atrium israelitarum*, de los cuales no puede disputarse, debe necesariamente admitirse un tercer espacio, tal en efecto cual el que aquí se manifiesta.

El padre Lamí, á quien sirvieron mucho para la descripción del templo los conocimientos de arquitectura que poseía, aplicando la medida de quinientos codos al recinto del átrio de los israelitas, y practicando un átrio exterior por medio de una especie de combinacion en las proporciones

de las partes del templo, vino á parar á atribuir cerca de dos mil seiscientos veinte codos hebreos al contorno de su icnografía del templo; cuyo número de codos, al respecto que arriba queda espresado, producen setecientas cuarenta y seis toesas. Recordemos, pues, ahora que la longitud del terreno de la mezquita de Jerusalem, deducida del plano de esta ciudad, se ha calculado en doscientas quince toesas, y el ancho en ciento setenta y dos; multiplíquese cada una de estas sumas por dos, y se tendrá el total de setecientas setenta y cuatro toesas. Si de este producto se rebaja un cincuéntesimo, que serán quince ó diez y seis toesas, para nivelar la escala del plano á lo que ha parecido mas conforme en la medida total del recinto de Jerusalem, se tendrán trece ó catorce toesas mas ó menos en el cómputo del circuito del terreno perteneciente al templo. Es verdad que el padre Lamí empleó en cuatro costados iguales la cantidad de medida, que tiene alguna desigualdad en lo que produce el local; mas ¿quién no ve que la perfecta igualdad en el padre Lamí no tiene otro fundamento que una imitacion ó repeticion de lo que era propio del cuerpo del templo, aislado del átrio exterior de los gentiles? Ninguna circunstancia de hecho prueba semejante repeticion, mas fácil de imaginar que propia del terreno, y de consiguiente no puede considerarse como positiva.

Despues de haber reconocido cuál era la estension del templo, no puede uno dejar de sorprenderse de que lo que dice Josefo sobre este objeto sea poco conforme á la verdad. No se comprende que este historiador, que en otras circunstancias procura con razon dar una alta idea de este edificio, se haya quedado mucho mas atrás de lo que convenia con respecto á su estension. Los lados cuadrados del templo se comparan á la longitud de un estadio, en lo

cual parece hay un error como del radio al diámetro; y en otro lugar del circuito de todo el terreno, comprendia en él la torre Antonia, que se hallaba en el ángulo Noroeste del recinto del templo, se estima en seis estadios. Hubiera podido escribir *deka* en lugar de *egs*, empleando el estadio que le parece propio para la medida del recinto de Jerusalem, diez de los cuales componen setecientas sesenta toesas, que viene á ser el término medio de los cálculos que acaban de hacerse.

VII.

DE LAS MEDIDAS HEBREAS DE LONGITUD.

Terminaré este escrito con algunas observaciones sobre las medidas hebreas propias de los espacios, porque esta discusión está tan enlazada con la que precede, que contiene las pruebas de muchos puntos. No parece dudoso que el codo llamado en hebreo *ameh* (por *aleph*, *mem*, *he*), en lengua caldea *ametha*, y por los griegos *pixsys*, de que se ha derivado la palabra pié, y también *oleni*, de donde los latinos han tomado la palabra *ulna*, es un elemento de medida, cuyo conocimiento es muy esencial. La medida que arriba atribuimos á este codo con relación á la extensión del templo, parece muy conveniente y ventajosa. Veamos

si podemos encontrarla en otra parte, ó deducirla por cualquier otro medio.

Si nos atenemos al rabino Godolías sobre la opinion de Maimonides, el codo hebreo se compara á la auna de Bolognia, y de esta comparacion concluyó el doctor Camberland, obispo de Peterborough, que el codo tenia veintiuna pulgadas inglesas, y setecientos treinta y cinco milésimos de pulgada, como nos lo enseña Arbuthnot (*Tratado de los piés, monedas y medidas*), lo que da veinte pulgadas y cerca de cinco líneas del pié de Paris, y de consiguiente solo difiere en una línea de deducción del valor del derah ó codo egipcio.

Mas hay otro medio de determinar la medida del codo hebreo, del cual no sé que hasta ahora se haya hecho uso, sin embargo de ser muy decisivo, y es el siguiente: los judíos están conformes en definir el *iter sabbaticum*, ó la extensión del camino que les era permitido hacer el día del sábado, derogando el precepto del cap. XVII del Exodo, v. 30: *Nullus agrediat de loco suo die septimo*; convienen, digo, en el cálculo de dos mil codos: así se explica positivamente el autor de la *Paráfrasis caldaica*, tratando del verso 6, cap. I del libro de *Ruth*. Eucumenio confirma esta medida con el testimonio de Orígenes, cuando dice que siendo la milla igual al camino sabático, comprende *disxision*. El *Tratado de las medidas judaicas*, compuesto por San Epifanio, que habiendo nacido judío, y en la Palestina, debía hallarse bien instruido del punto de que se trata, nos enseña que el espacio del camino sabático era igual á la medida de seis estadios.

El medio, pues, mas acertado para dar al codo en cuestion mas extensión, es el de emplear aquí el estadio ordinario, que es la octava parte de la milla romana, y que pa-

rece prevaleció sobre todos los demás en la baja edad. Multiplicada por seis la medida de este estadio, estimada en noventa y cuatro toesas, dos piés y ocho pulgadas, produce quinientas sesenta y seis toesas y cuatro piés; reducido este cálculo á piés, resultan tres mil cuatrocientos, que producen cuarenta mil ochocientas pulgadas; y dividiendo esta suma en dos mil partes, cada una de estas partes comprenderá veinte pulgadas y dos quintos: resultado que en cierto modo parece hecho á propósito para servir de comprobante de la medida que arriba deducimos. ¿Qué importa que la valuación que acaba de inferirse no sea precisamente la misma que empleamos antes para el codo hebreo, creyéndola igual al derah ó al codo egipcio? La diferencia de una línea y un quinto debe mirarse como de muy poca consideración en un cálculo de esta especie; porque además de que la diferencia no llega á un ducentésimo sobre el contenido, para que esta diversidad pudiera mirarse en rigor como una falta de precisión en el uso del derah por el codo hebreo, sería preciso tener mucha seguridad de que los seis estadios hacían estrictamente y sin ningún déficit, el justo equivalente de dos mil codos. Ni sería más fundado oponer á la compensación de seis estadios para dos mil codos dada por San Epifanio, que éste pudo haberse olvidado de añadir un treinta-cuatavo de estadio, ó el valor de diez y seis á diez y siete piés.

Los judíos tienen una medida de espacio, á la cual, además del término de *berath* que algunos comentadores creen corresponderle, han añadido el de *mil* (*mem jod, lamed*), en el plural *milin*; y aunque no puede dudarse que esta denominación está tomada de los romanos, esto no quita que entre los judíos tuviese la milla su estimación distinta y particular, que era de dos mil codos; lo cual conviene precisa-

mente con lo que dice Eucumenio, según acabamos de ver. Muchos pasajes de la Gemara, indicados por Reland (*Palaestina, tom. I, pág. 400*), nos enseñan que los judíos compen- san la medida de la milla por siete estadios y medio. La voz de que se sirven para espresar el estadio es *ris* (*resch, jod, samech*), en el plural *risin*; puede interpretarse por el latín *curriculum*, que es propio de la carrera del estadio, *curriculum stadii*, en Aulo Gelio. (*Noct. Atticar., lib. I, cap. I.*) La unión de cuatro *milá* compone entre los judíos una especie de legua llamada *parseh* (*pe, resch, sameth, he*). En la lengua siríaca *paras* significa estender, y *parseh* estension. Y es tanto más natural que este término parezca tomado de aquella lengua, cuanto que en los tiempos que siguieron á la cautividad, vino á ser el idioma propio de los judíos. En Reland (pág. 397) se encontrará un lugar del *Talmud*, que da positivamente á la milla judaica dos mil codos y á la *parseh* cuatro millas. Los dos mil codos ajustados á la medida exacta del derah, hacen quinientas sesenta y nueve toesas, dos piés y ocho pulgadas. Multiplicando esta suma por cuatro, resulta el valor de la *parseh* de dos mil doscientas diez y siete toesas, cuatro piés y ocho pulgadas; medida que no difiere casi nada de nuestra legua francesa, compuesta de dos leguas gálicas, veinticinco de las cuales forman en corta diferencia el justo equivalente de un grado.

El docto Reland, partiendo del supuesto de que la milla judaica es igual á la romana, y comparando el número de dos mil codos de la una con el de cinco mil piés de la otra, da al codo dos piés y medio. Mas aunque no pueda negarse que la estension del imperio romano hizo casi universal la milla romana, no es, sin embargo, menos cierto que la medida de esta milla no puede confundirse con la

que tenemos de la milla judaica. Y además de que la valuacion del codo que resultaria de esta equivocacion es naturalmente difícil de admitir, porque excederia de lo verosímil: una simple comparacion de números destituida de las referencias esenciales, no puede sostenerse contra una definicion positiva que ha sido comprobada. En la *Gemare* hay un lugar que fija el camino de una jornada ordinaria en diez *parsau* (tal es el plural de *parseh*). Si la *parseh* equivalia á cuatro millas romanas, resultarian cuarenta millas; pero los antiguos no suben á tanto esta estimacion, pues comunmente se fijan en veinticinco millas ó doscientos estadios; y si Herodoto (lib. V) emplea doscientos cincuenta estadios, debe tenerse presente que este historiador usa en muchos lugares del estadio de diez en milla. Los geógrafos orientales convienen tambien en asignar veinticinco millas al espacio de una jornada comun, lo que notaron en su prólogo los maronitas que tradujeron la geografia de El-Edrisi en el estado en que la tenemos, ó mas bien su extracto. Y cuando los orientales parece varían en el número de las millas, marcando algunas veces treinta en lugar de veinticinco, es en razon de la diferencia de las millas, en cuyo uso no siempre se han atendido rigurosamente á las millas arábicas, veinticinco de las cuales pueden equivaler á treinta ó treinta y una de una especie mas comun. Segun la valuacion propia de la *parseh*, diez de éstas forman treinta millas romanas, y es por lo mismo evidente que una medida notablemente superior, sale de los límites del objeto de que se trata. El padre Lamí, tratando de una opinion igual, objeta á Villalpando que el codo hebreo era igual á dos piés y medio romanos, y que estando indicada por dos codos la elevacion del altar de los perfumes, hubiera sido necesario que la estatura del sacer-

dote que oficiaba y esparcia el incienso sobre dicho altar fuese agigantada. Es constante además, que las correspondencias que hemos encontrado en el local con respecto al templo, no hubieran podido verificarse con un codo cerca de un cuarto mayor que el que aquí damos. Valuándose el pié romano en mil trescientos y seis décimos de línea del pié de Paris, los dos piés y medio serian iguales á trescientas veintiseis líneas y media; y debe observarse además que Villalpando todavía atribuye al pié romano algun exceso sobre esta valuacion.

El único objeto con que dejo observado mas arriba la correspondencia casual que se encontraba entre la *parseh* y nuestra legua francesa, ha sido el de adaptar á dicha *parseh* la idea de lo que no es propio y familiar. Pero la misma correspondencia entre la *parseh* y una antigua medida oriental, no debe igualmente mirarse como efecto de la casualidad, pues esta exacta correspondencia debe provenir mas bien de la comprobacion de una sola y misma medida. En el *Tratado de las medidas itinerarias* he demostrado que el estadio, que es igual á un décimo de la milla romana, convenia precisamente con la medida de las marchas de Genofonte, y que en consecuencia de la valuacion del número de estadios en parasangas, hecha por el mismo Genofonte, parecia constante que treinta estadios componian una parasanga. Esta compensacion es efectivamente muy conforme con la definicion precisa que Herodoto, Hesychio y Suidas dan de la parasanga. Multiplicando por treinta la medida de setenta y cinco toesas, tres piés y cuatro pulgadas, que es el valor dado al estadio de diez en milla, se tendrán dos mil doscientas sesenta y seis toesas y cuatro piés. Ahora, pues, en esta valuacion de la parasanga solo faltan once toesas para llegar á la par-

seh; de manera que si se añadiesen dos piés y dos pulgadas á la medida del estadio que sirve para componer la parasanga, el cálculo quedaria esactamente igual. Si se quisiese dar la preferencia al cómputo que resulta de la comparacion que hizo San Epifanio de la milla judaica ó camino sabático con seis estadios ordinarios, á saber: quinientas sesenta y seis toesas y cuatro piés, y se multiplica este valor por cuatro, para obtener la parseh, se encontrarán precisamente las dos mil doscientas sesenta y seis toesas y cuatro piés, que son el producto de nuestros treinta estadios. ¿Cómo, pues, no ha de concluirse de aquí que la parseh no es otra cosa que la parasanga persiana, habilónica, ó como se la quiere llamar? La parseh no contiene en sí misma la composicion de los treinta estadios, puesto que la milla judaica, que es la cuarta parte de la parseh, la estiman los judíos en siete estadios y medio. Añádase que las voces *parseh* y *parasanga* tienen bastante afinidad para concurrir con la identidad de la medida, y que como los términos *para* y *parseh* tienen en el antiguo lenguaje oriental, caldeo y aun siriaco, una interpretacion propia y literal, que no puede ser mas conveniente con respecto á la misma cosa, tenemos indudablemente la significacion propia de la voz *parasanga*. La parseh además, no se halla mencionada en los libros santos, y de consiguiente hay mucho fundamento para creer que los judíos no adoptarían esta voz hasta despues de su cautividad en Babilonia.

¡Pero nótese qué enlace de conformidades! La definicion de la parasanga existe con independenciam de lo que constituye la parseh, porque esta parasanga depende de un estadio particular, que se produce por medios enteramente estraños á lo que concierne ó interesa á la parasanga misma, como es fácil comprender por el tratado de las medi-

dás que he publicado. La parseh, por otra parte, se forma de elementos de todo punto diferentes, fundándose su principio en que el codo egipcio parece una medida de la mas remota antigüedad, cuyo uso es probable adoptó el pueblo hebreo. Establecidas estas presunciones (porque hasta ahora nada mas tenemos), la aplicacion de este codo á la parseh, tiene una comprobacion mas precisa de lo que podríamos esperar en la medida que da San Epifanio de la cuarta parte de la parseh. Todas estas consideraciones diferentes, aunque independientes entre sí, conducen, sin embargo, á las mismas consecuencias, reuniéndose en puntos comunes: era imposible lograr mayor conformidad por medios concertados. ¿Y qué es lo que de aquí resulta? Una garantía mútua, si así puede decirse, de todas las partes y circunstancias que entran en la combinacion.

El conocimiento positivo del codo hebreo es una de las principales ventajas de semejante discusion. Ciertamente que el padre Lamí y otros sábios habian propuesto ya la medida del derah por este codo, pero sin demostrar positivamente su propiedad, ó comprobarla por medio de aplicaciones de la naturaleza de las que acaban de hacerse. Y aun parece que la precision de esta medida se escapó en cierto modo al padre Lamí, puesto que sin embargo de sus conjeturas sobre el derah, concluye dando al codo hebreo veinte pulgadas (lib. I, cap. IX, sect. I): *Nos, dice, cubitum hebræum facimus viginti pollicum.*

El codo hebreo se componia de seis palmos menores, y este palmo se llama en hebreo *tophach* (*teth, phe, thelh*). La version de los setenta ha traducido esta voz por la de *palaisi*, que es propia del palmo de que se trata, y que las definiciones de Hesychio y Julio Polux fijan en cuatro dedos, y de consiguiente el codo contenia veinticuatro dedos;